

Monte-Pio. La creacion del pobre religioso se esparció muy pronto en todas las ciudades de Italia. El artesano no se vió ya obligado á dirigirse al judío en sus apuros. Empeñando algo de su ajuar, recibia en cambio una suma de dinero que estaba obligado á devolver en breve, mas sin otro interés que una pequeñísima suma para sufragar á los gastos de la administracion. Esta institucion, como toda innovacion realmente útil, tuvo sus detractores. Algunos teólogos creyeron ver en ella una usura *paliada*: fué muy acalorada la discusion, sin que la cuestion quedase resuelta: se sometió pues la decision al concilio Lateranense. Los Padres, á cuyo exámen se sometió, eran muy famosos por su ciencia y caridad. La deliberacion fué larga: se compulsaron todos los tratados escritos de una y otra parte, y cuando fueron resueltas todas las objeciones, habló la autoridad. Leon X mandó leer el decreto. Despues de exponer sencilla y brevemente la cuestion, el papa reconoce que tanto los que combatian como los que sostenian los Montes-Pios estaban animados de igual amor á la justicia, á la verdad y á la caridad; pero que ya era tiempo de poner término á debates que comprometian la paz del mundo cristiano. Como supremo Pastor de las almas, guardador de los intereses del pobre, consolador de los afligidos y alivio de los necesitados, prohíbe tratar como usureros, establecimientos instituidos y aprobados por la Santa Sede, donde si se percibe un módico interés, no es sino con el objeto de cubrir los gastos que acarrea su administracion. Los aprueba como verdaderos institutos de caridad, y recomienda su proteccion y propagacion.

8. La pacificacion general de la cristiandad preocupaba vivamente al corazon de Leon X, y se publicó con este objeto un decreto en el concilio Lateranense. Fueron enviados nuncios á las diversas cortes de Europa para hacer adoptar un plan de union y de paz por todos los príncipes. El papa, fiel á las tradiciones de sus antecesores, pensaba en una expedicion formidable contra los Turcos: magnífico pensamiento que no permitió realizar la culpable indiferencia de los príncipes. — El estudio exclusivo de autores griegos y latinos y el predo-

minio del sistema platónico, en medio del movimiento intelectual del Renacimiento, habian acreditado entre los sabios un error muy perjudicial, acerca de la naturaleza de nuestra alma. El *mens agitat molem* de Virgilio habia seducido á los humanistas de esta época: pretendian que el alma del mundo, única y universal, que daba vida á todos los seres, era la misma en todos los hombres, transformándose en cada individuo y modificándose segun las diversas naturalezas. A mas de esta alma general y comun á todos, admitian otra que llamaban *intelectiva* y que segun ellos era mortal con el cuerpo. Un decreto especial del concilio Lateranense condenó estos errores. Pedro Pomponacio, doctor de Mantua, donde floreció desde 1462 á 1526, escribió algunas obras, especialmente una sobre la *Inmortalidad del alma*, donde parecia decir que solo la fe la enseña, pero que repugna á la razon: que solo lo creemos por la revelacion, etc. Por lo demás, Pomponacio sometió su obra al exámen de la inquisicion, y como hijo dócil de la Iglesia, publicó despues su obra corregida. Es calumniosa su reputacion de ateismo; murió como morian los filósofos de su tiempo, llenos de la mas viva fe y de la piedad mas tierna y edificante.

9. Durante el concilio Lateranense los acontecimientos habian ido marchando, y Leon X tuvo que pensar en ellos seriamente. Luis XII, amaestrado por los reveses, consintió desde luego en hacer la paz con Roma. Sus embajadores se presentaron al concilio Lateranense, y en nombre de su rey, desaprobaron las tentativas cismáticas del conciliábulo de Pisa. Leon X acogió con indecible júbilo los pasos dados por el rey cristianísimo, y concedió á Luis XII absolucion de todas las censuras fulminadas contra él por Julio II: todo le sonreia entonces al papa. Los Turcos, vencidos por los reyes de Hungría y de Polonia, dejaban respirar la Italia. El rey Manuel de Portugal, colmado de riquezas por el comercio de las Indias, envió magníficos presentes á Leon X. Este papa le otorgó la investidura de las tierras nuevamente conquistadas por los navegantes portugueses, y administradas con tanta sabiduría

como valor por el héroe cristiano, Alfonso de Alburquerque, apellidado *el Grande*, *el Marte portugués*. En tanto que se celebraban en Roma con pomposas fiestas tan prósperos acontecimientos, el décimoséptimo concilio general proseguía sus trabajos y reformas saludables: y Leon X rodeaba su trono con todos los esplendores de las artes, con todas las glorias literarias, con todas las magnificencias del ingenio.

10. Sin embargo, aun no estaba satisfecha la ambición de Luis XII, y pensaba en una nueva expedición contra Italia, cuando vino á sorprenderle la muerte, el 1.º de enero de 1515, en su palacio de las Turnelas, en París, donde sucumbió á una enfermedad aguda. Si una pasión por guerras lejanas y laureles militares no hubiera arrastrado á este príncipe hácia una senda llena de peligros y dificultades, la historia le hubiera colocado entre los reyes mas sobresalientes. [ Cuando por una parte amenazaba á la Italia y á otros países con guerras y batallas, dentro de su reino era un verdadero padre de sus vasallos. Como san Luis, daba audiencia pública sin huñeres ni ministros de justicia. Abolió muchas formalidades judiciales. Era muy económico y gran administrador de todas las rentas de su corona. Jamás aumentó las contribuciones. Tenia dos listas en su bufete ó despacho: una de las plazas, gracias y beneficios de que podia disponer, otra de los hombres beneméritos que aun no estaban recompensados. Cuando vacaba una plaza ó beneficio, se la conferia al mas digno: así es que los pueblos le adoraban, y le llamaban *el buen rey*, *el padre del pueblo*, etc. *Nuestro buen padre se priva de todo para que nada nos falte*, etc., etc.]

11. Luis XII no habia dejado hijos varones. La corona pasó á Francisco I, biznieto del duque de Orleans, hermano de Carlos VI y de Valentina de Milan. Joven aun, este príncipe anhelaba por verse rodeado de literatos, pintores, artistas y sabios. Digno contemporáneo de Leon X, fué apellidado *el Padre de las letras*. Franqueza, hidalguía, bondad, generosidad, valor; hé aquí las cualidades con que la historia le encomienda al amor ó á la admiración. Por su nacimiento creia

tener buen derecho al Milanesado, por parte de su abuela Valentina. Encontraba á la Francia totalmente dispuesta á las guerras de Italia, inauguradas por Carlos VIII y continuadas por Luis XII. [ Al ver el tesón con que estos reyes pretendian tener derechos en Italia, hay que confesar que tenian fundamentos que en el día desconocemos. ] El ducado de Milan se hallaba á la sazón poseido por Maximiliano Sforza, que tenia á su servicio un cuerpo de tropas suizas. La política de Leon X en todas estas luchas, era la de la paz: pero cuando se vió forzado á pronunciarse, no pudo menos de seguir la causa tan noblemente defendida por Julio II. Para seguridad é independencia de la Santa Sede eran igualmente peligrosos los Franceses en la Lombardía que en Nápoles, y esto explica el porqué Leon X, que tan simpático era para con Francisco I por la conformidad natural de gustos y comun amor á las ciencias y artes, tuvo que sacrificar sus simpatías personales á consideraciones de orden mas elevado. Cabeza de toda Italia, é influyendo tanto por su rango y carácter, tenia que ser italiano, antes que francés. No han comprendido esta necesidad política muchos escritores que vituperan la conducta del gran pontífice, como parcial é injusta. Nosotros creemos lo contrario, y no tememos, aunque francés, decir que el primer deber de cada pueblo es defender su nacionalidad, aun contra los Franceses, si Franceses son los que la atacan. Leon X defendió la suya, y los que se lo vituperan, le hubieran vituperado aun mas si hubiera hecho lo contrario.

12. Francisco I acababa de concertar un tratado de alianza con los Venecianos, y por otra parte era dueño de Génova; tenia pues á su mano ambos mares de Italia. Leon X por su parte se ligó en contra de él con Maximiliano Sforza, Fernando el Católico y los Suizos. Estos últimos tenian entonces á su frente un cardenal, guerrero como Albornoz, valiente como Guillermo Tell, elocuente como san Bernardo; y era Mateo Schinner, obispo de Sion. Sus contemporáneos dicen de él que « desde el gran abad de Claraval, ningun predicador habia » arrebatado tanto las masas por su elocuencia y santidad

» como el obispo de Sion. » Julio II le habia creado cardenal. Naturaleza heroica, Schinner reunia los mas opuestos extremos. Se le hallaba en las avanzadas, en el centro, en la retaguardia; soldado, cuando se trataba de combatir, obispo, cuando era necesario reconciliar al moribundo con Dios. Se acostaba sobre la nieve como el último soldado, y vivia en el campamento como un asceta, ayunando varios dias por semana, no comiendo jamás de carne ni bebiendo sino agua, rezando el breviario y pasando muchas horas en oracion la víspera de una batalla. Las costumbres de aquella época, como llevamos dicho, explican esos contrastes que no permitirian los hábitos regulares de nuestro tiempo. La Suiza tenia en Mateo Schinner un baluarte aun mas seguro que en sus cimas coronadas de nieves sempiternas. Pero el valor francés y el ardor del rey *caballero* debian de triunfar de ambos obstáculos. Fueron escalados los Alpes: y en menos de ocho dias ya entraba en Italia Francisco I. Al primer rumor de su marcha, Milan se subleva y echa de sus muros al duque Maximiliano Sforza. Los Franceses estaban próximos á esta capital, cuando el cardenal de Sion acudió con sus montañeses de Uri, Unterwald, Zug y Schwitz. El 13 de setiembre de 1515, los Suizos arremetieron sobre los Franceses con sus picas de diez y ocho piés, y sus espadas á dos manos, sin artillería, sin caballería, y no empleando otro arte militar que la fuerza del cuerpo, marchando de frente á las baterías, cuyas descargas de metralla, dirigidas por Genouillac, se llevaban filas enteras, y sosteniendo mas de treinta cargas de este género. Esta intrepidez de los Suizos hizo al combate de Mariñan uno de los mas obstinados que nos cuente la historia. El anciano general Trivulco, que se habia hallado en diez y ocho batallas campales, decia que esta *era un combate de gigantes, y las otras juegos de niños*. El rey al frente de su infantería sostuvo el choque de los Suizos, y cada soldado era un héroe. La accion continuó largo tiempo al claro de la luna. Hacia las once, poniéndose demasiado oscura la noche, separó á los combatientes, ó mas bien, cada cual se quedó en su puesto. Francisco I se durmió en una

cureña de cañon, á cincuenta pasos de un batallon suizo. Al alborear el dia, se tocó á la carga por todas partes, y se batieron ambos campos con igual encarnizamiento que la víspera. Despues de cinco horas de una obstinadísima lucha, los Suizos oyeron el clamor de guerra de los Venecianos, aliados de la Francia: ¡*Marco! Marco!* Creyendo los Suizos que llegaba todo el ejército italiano, se apiñaron y se retiraron con aire tan marcial y bravo, que no se osó atacarlos ni perseguirlos. Habian dejado mas de quince mil muertos en el campo. El rey de Francia quiso ser armado de caballero sobre el campo de batalla, de manos de Bayard. Los Suizos, tan gloriosamente vencidos, se retiraron á Milan. En los consejos de sus generales se hablaba de paz. El cardenal Schinner, cual otro Anibal, prefirió desterrarse antes que tratar con los Franceses: se retiró de Milan y se fué á Inspruck. Francisco I decia de él al historiador Pablo Jove: « Valiente hombre es ese Schinner, » cuya indómita palabra me ha hecho mas mal que todas las » lanzas de los montañeses. »

13. La victoria de Marignan abria al rey el camino de Italia. Estaba vencida la política de Leon X: era necesario ceder á la necesidad. Guillermo Budeo, el primer helenista de Francia, habia sido enviado, desde luego, á Roma como embajador por Francisco I. La eleccion de tal diplomático era maravillosamente oportuna para captar la benevolencia de un papa que tanto amaba y buscaba á los sabios. Leon X por su parte nombró á Luis Canosa, humanista excelente, por representante suyo cerca del rey de Francia. Las negociaciones dieron un tratado de paz. El pontífice cedia Parma y Plasencia, que se anejaron al Milanésado; el rey reconocia la autoridad de los Médicis en Florencia, volvia Bolonia á la Santa Sede y garantizaba la independencia de los Estados pontificios. Al llevar á Roma el tratado que acababa de concertarse con Francisco I, Canosa elogió mucho, ante el papa, la deferencia, respeto y amor á la Santa Sede que no habia cesado de manifestar un momento el rey durante las negociaciones. El papa quiso agradecer á Francisco I estos testimonios de celo con una carta en

que elogia las bellas cualidades con que el cielo habia enriquecido al jóven monarca. Francisco I habia manifestado mas de una vez sus deseos de tratar directamente con el papa : Leon X accedió con júbilo á sus deseos, y se fijó y tuvo lugar una entrevista en Bolonia el 11 de diciembre de 1515. Francisco I se arrodilló, besó la sandalia del papa, el cual le tomó de la mano y le dió el rostro. El rey tomó lugar á la derecha del papa en un sillón magnífico : su canciller Duprat se acercó al pontífice, y con la cabeza descubierta pronunció el discurso de obediencia. « Santísimo Padre, dijo á Leon X, el ejército del rey cristianísimo es vuestro ; disponed de él como gustéis ; las fuerzas de » la Francia son vuestras ; sus estandartes son los vuestros. Ved aquí á vuestro muy sumiso hijo : este hijo celoso está » pronto á defender, en toda ocasion, vuestros sagrados derechos, de palabra y con la espada.

14. El papa y el rey tenian que tratar de dos negocios importantes : el de Nápoles, y el de la pragmática sancion. Francisco I, dueño de Milan, queria echar fuera de Italia á los Españoles y apoderarse del reino de Nápoles. Como no podia salir bien en ninguno de estos dos asuntos sin la asistencia de Roma, solicitó la intervencion armada del papa. Para Leon X, el ganar tiempo era vencer. Dijo pues que Fernando era ya viejo, achacoso ; y que la muerte de este príncipe le libraba naturalmente de sus empeños con la casa de Aragon ; y que entonces veria si, en interés de su política, concederia ó negaria los socorros de que tenia Francia necesidad para conquistar á Nápoles. El rey comprendió las razones del papa y la cuestión quedó en reserva.

15. Las negociaciones relativas á la pragmática sancion no habian cesado de preocupar, bajo formas diversas, á las dos cortes de Roma y Francia. Luis XII, en lucha con Julio II, se habia valido de esta ocasion de manifestar su resentimiento contra el papa, y fueron renovadas en su consecuencia las hostiles proposiciones de la pragmática. Julio II en el concilio Lateranense habia castigado á la monarquía francesa poniendo su reino en entredicho. Pero Francisco I no estaba en la misma

situacion respecto de Leon X. Aun antes de la entrevista de Bolonia, los dos soberanos se habian puesto de acuerdo para abolir la pragmática sancion ; mas era asunto demasiado grave para poder ser resuelto en los pocos dias que pasaron juntos. Al separarse, dejaron, el papa, á los cardenales de Ancona y de Santi-Quatri, el rey, al canciller Duprat, provistos de plenos poderes para concluir amistosamente, con un concordato, las reyertas que por tan largo tiempo habian dividido la Iglesia y Francia. Mucho duraron las negociaciones entre el canciller y los cardenales. Por fin, el 18 de agosto de 1517 pareció en Roma con la aprobacion de la Santa Sede el *Concordato de Leon X*, que ha estado rigiendo la Iglesia de Francia hasta el concordato de 1802. Modificaba profundamente el sistema de eleccion seguido hasta entonces. Hé aquí sus principales disposiciones. Por los artículos 4 y 10 quedan desposeidas del derecho de eleccion las iglesias catedrales y metropolitanas. — « En caso de vacante y dentro de los seis » primeros meses, el rey nombra un doctor ó licenciado en » teología ó en derecho, que reuna las cualidades requeridas ; » el papa confirma la eleccion. » Igual disposicion para las » abadías y prioratos. — « En cada catedral será provista » una prebenda á un doctor, licenciado ó bachiller en teología, » que pruebe haber cursado diez años en una Universidad. » Este prebendado se llamará Lectoral, y estará obligado á » dar lecciones al menos una vez á la semana, y podrá ausentarse del coro sin perder los emolumentos debidos á la residencia personal. — El tercio de los beneficios, cualesquier » que sean, pertenecerá en adelante á los graduados en la » Universidad. » — El concordato determina el tiempo de los estudios : diez años para los doctores y licenciados en teología ; siete, en derecho y medicina ; cinco para los maestros y licenciados en artes ; cinco para los simples bachilleres en derecho. — « Para la colacion de un beneficio se escogerá el graduado » mas antiguo, ó de mayor título en la misma facultad, ó que » haya recibido grados en facultad superior. El doctor será » preferido al licenciado ; este, al bachiller : la teología será

» preferida al derecho, y el derecho á la medicina : y para  
 » honrar á los estudios sagrados, los bachilleres en teología  
 » serán preferidos á los licenciados en facultad inferior. Los  
 » curatos de las ciudades y villas no se conferirán sino á los  
 » graduados, ó á los que hubieren estudiado tres años de teo-  
 » logía ó de derecho, y á los maestros de artes. — Los clérigos  
 » escandalosos serán castigados, cercenando las rentas de sus  
 » beneficios; luego, privándoles de ellos; y en fin con la inha-  
 » bilitacion á las sagradas órdenes. »

16. Tal es en sustancia *el concordato de Leon X*; obra de sabiduría de que puede justamente gloriarse el pontificado. El papa decia hablando de la pragmática sancion, que abandonaba la Iglesia de Francia á los manejos, á las intrigas, á la simonía: « Es incontestable que las elecciones canónicas, restablecidas por el concilio de Basilea, no eran sino una ficcion, una mentira. En cada provincia los señores se hacian dueños, á lo menos, de las principales dignidades: tenian en cierto modo derechos al nombramiento como patronos de las iglesias, ó como descendientes de los piadosos fundadores. (1). » Poner un término á tal abuso era hacer gran beneficio. Sin embargo, las pasiones, odios y animosidades se levantaron contra la obra de Leon X. Los partidarios de lo que tan impropriamente se llamó *libertades galicanas*, pretendian que el papa habia traspasado sus poderes cambiando tan radicalmente la manera y forma de las elecciones eclesiásticas: esta misma acusacion se ha formulado siempre que el pontificado ha tenido que dar un gran paso. La Iglesia, como todas las sociedades, tiene sus momentos de crisis en los que á necesidades nuevas son necesarios remedios extraordinarios. Constituyéndola Jesucristo para durar hasta el fin de los siglos, ha debido proveer á todas las necesidades futuras de su existencia. Lo ha hecho dando á Pedro y á sus sucesores autoridad de *atar y de desatar*, de *confirmar á sus hermanos* en la fe. Por otra parte en el caso presente, á mas del principio de autoridad no faltaban razones

1) *Ensayo sobre Eneas Silvio*, por Verdier, 4 vol. en 8. Paris, 1843, pág. 81.

para justificar la medida tomada por Leon X. Es, sin disputa alguna, santa y hermosa costumbre la eleccion de los pastores por el clero mismo en épocas de fe, paz y piedad. Pero cuando se corrompen las costumbres, cuando se hallan abandonados los estudios serios, cuando los ánimos se hallan agitados, entonces el escándalo se introduce mas fácilmente en el santuario. Es elegido por lo regular, no el mas digno sino el mas rico; el pobre que tiene ciencia y virtud se verá preferido por el opulento que no tiene sino tesoros, frecuentemente mal adquiridos. La eleccion del soberano, confirmada por la Sede apostólica, corta de raíz todos los abusos, precave las rivalidades y odios intestinos, da al electo doble garantía de autoridad espiritual y temporal en su mas alta expresion. Pero se dice: « La bula de Leon X destruia en Francia una obra disciplinaria, en vigor desde los mas remotos tiempos en la Iglesia. » Pero ¿es que no hay circunstancias en que es una verdadera necesidad la derogacion á las leyes comunes? ¿Y quién ha de decidir si ha llegado ese tiempo? ¿El sacerdote, que no tiene la plenitud del sacerdocio, « rama, como dice Tomasino, de este árbol divino cuyo tronco es el obispo? » El obispo, cuya jurisdiccion, aunque divina, no puede ejercerse sino sobre la materia señalada por el soberano pontífice, « que puede extenderla ó disminuirla, » como enseñaba el cardenal de Lorena en el concilio Tridentino. « Habiendo sido dado á san Pedro el primado para quitar toda ocasion de cisma, dice san Jerónimo, el papa solo tiene derecho de hacer leyes que obliguen á toda la Iglesia; pero estas leyes, variables por su naturaleza, no pueden ligar á tal punto que no puedan ser derogadas por justas causas de que solo es juez el primado. »

17. Antes de publicarse, el concordato habia sido leído en el concilio Lateranense, donde fué aprobado por todos los Padres, y este fué el último acto de esta asamblea. El 16 de marzo de 1517, Leon X presidió su duodécima y última sesion. Asistieron á ella ciento y diez prelados. Todos los negocios por los que habia sido convocado el concilio estaban ya felizmente terminados. Se hallaba restablecida la paz entre los príncipes cris-

tianos, arreglada la reforma de costumbres y de la curia romana, abolidos el cisma y conciliábulo de Pisa, así como la pragmática sancion. Leon X confirmó de nuevo cuanto se habia hecho en las sesiones anteriores : mandó tambien una imposicion de *décimas*, y exhortaba á todos los prebendados permitiesen se se les sacasen de sus prebendas para invertirlas en las guerras contra los Turcos. El cardenal de San Eustaquio pronunció en seguida la fórmula de clausura : *Domini, ite in pace*. Se cantó el *Te Deum*, y así quedó terminado el décimoséptimo concilio general de Letran, que habia durado cerca de cinco años.

18. La alianza del papa y de Francisco I tenia muy en zozobra al Austria y á la España. Fernando el Católico y el emperador Maximiliano trataron de alcanzar el apoyo de Inglaterra, Enrique VIII. El cardenal Wolsey, ministro de este príncipe, se mostró favorable á sus comunicaciones ; pero la muerte de Fernando el Católico, en enero de 1516, abrió en Europa una política nueva. El jóven Carlos de Austria (después Carlos Quinto), soberano de los Países Bajos, que acababa de suceder á su abuelo Fernando en el trono de España, tenia necesidad de la paz para recoger tan vasta herencia. Francisco I formó inmediatamente el proyecto de apoderarse del reino de Nápoles. De este modo llegaba su turno á la cuestion reservada en la entrevista de Bolonia, que por la fuerza misma de las circunstancias iba á turbar la paz del mundo. Francisco I se resolvió á apoderarse de Nápoles. Maximiliano, al saberlo, siente hervir en su pecho de anciano el ardor juvenil, y se echa sobre el Milanesado al frente de un ejército, é invita á su aliado Enrique VIII haga una irrupcion en las costas de Francia ; pero el rey de Inglaterra faltó á su promesa. Milan estaba defendida por el condestable de Borbon, que aun no habia manchado su nombre con la apostasia. Las tropas imperiales fueron rechazadas á pesar de la belicosa audacia del cardenal Schinner, que con sus fieles montañeses se habia puesto á las órdenes de Maximiliano. La conducta de Leon X en este conflicto fué justa. El tratado de alianza, nuevamente concertado con el rey de Francia, fué observado estrictamente. Al saber el levantamiento de

los Suizos, el soberano pontífice se apresuró á escribir á Schinner, diciéndole : « Apenas hayais recibido esta carta renunciad » á vuestra empresa : estaos quieto y no altereis la paz de » vuestros montañeses. Nada debe evitar tanto un hombre de » categoría como perturbar una república donde hay paz, y el » excitar la rebelion en el país donde se nace : eso es servir » mal los intereses de la cristiandad. » Tales palabras debieron parecer sobrado duras al cardenal ; pero si como soldado pudo sentirse profundamente agraviado, como sacerdote echó vino en su llaga (1). El obispo calló, obedeció al papa y se despidió de sus montañeses hasta que le llamase de nuevo el servicio de la Iglesia. Al propio tiempo Leon X escribió á Ennio, obispo de Veruli, su legado en la Helvecia : « Como os tengo dicho » después de mi tratado de amistad firmado con Francisco I, » guardaos en vuestras relaciones con los Suizos de ofender » directa ni indirectamente á Su Majestad : confio en vuestra » prudencia. Ya sabeis que en la corte de este príncipe aun » se teme algo de vuestra parte : os conviene pues en extremo » no tomeis parte ninguna en las dietas que se anuncian en la » Suiza : echaos fuera, y que se sepa que nada quereis hacer » que pueda disgustar al rey de Francia. » Esta conducta es franca, leal, imparcial.

19. En medio de los movimientos políticos que forzosamente llamaban la atencion de Leon X y le tomaban parte tan considerable de tiempo y solicitud, hallaban todavía en él las letras, artes y ciencias un apoyo, un estímulo, socorros y favores de un soberano tan ilustrado como liberal. La teología tenia en la curia romana un representante en el célebre cardenal Tomás de Vio Cayetano, dominico. Cayetano se habia apasionado tanto de santo Tomás, que llegó hasta saber de memoria la *Suma* del santo ; por manera que se decia que « si se perdiesen un » dia las obras del angélico Doctor, se hallarian en la memoria » de Cayetano. » Escogido para catedrático de teología en Padua, hacia prodigios : todos ansiaban por oirle, los carde-

(1) Audin, *Historia de Leon X*, tomo II, pág. 158.